

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

REVISTA NACIONAL

LITERATURA - ARTE - CIENCIA

DIRECTOR HONORARIO:

RAUL MONTERO BUSTAMANTE

TOMO XXX

ABRIL A JUNIO DE 1945

MONTEVIDEO — URUGUAY

1945

UN DRAMA HISTORICO

Antes de mediar el año 1832, un grupo de aficionados al arte dramático ensayaba, en la antigua Casa de Comedias de Montevideo, una breve pieza de género histórico patriótico que acababa de escribir, con mayor entusiasmo que numen, el Dr. don Carlos Jerónimo Villademoros. El autor era hombre de calidad, y también lo eran los actores. Aquél había hecho excelentes estudios de humanidades, jurisprudencia, teología y cánones. Si no era consumado humanista, era todo lo que se podía ser en aquella época en el Río de la Plata; conocía a fondo los buenos autores de la antigüedad clásica, y le eran familiares las mejores tragedias griegas, el teatro latino y las literaturas del Renacimiento. Con todo, a pesar de su aplicación a las letras, no logró fama con sus ensayos literarios. Mayor la obtuvo con sus conocimientos jurídicos y su versación en derecho canónico, y mayor aun con el don personal que le dió irresistible influjo sobre el ánimo del general Oribe, cuando éste lo hizo su consejero y ministro universal.

Los que le conocieron, sus propios amigos políticos de la época del Cerrito, le miraron con secreta prevención y le señalaron siempre como uno de los inspiradores de la conducta observada por el general Oribe en las campañas de las provincias argentinas y en el asedio de Montevideo. Le presentaban como hombre de exterior impasible, pero dominado por ardorosas pasiones. Los que afirmaron que la violencia de sus pasiones no reconocía dique, lo acusaron de haber hecho pesar la autoridad del general Oribe para unirse en matrimonio, ya en edad madura, a una niña delicada y frágil, que era prometida de Juan Carlos Gómez y que sucumbió después del sacrificio. Esta novela de amor, estilizada por el romanticismo de nuestras abuelas, se repite todavía en los viejos hogares unitarios de Montevideo. La cancillería del general Oribe, en manos del doctor Villademoros, fué escuela de sutil diplomacia. El ministro sabía ser insinuante y complaciente cuando se sentía débil; pero cuando se sentía fuerte, era duro, inflexible y expeditivo. Los plenipotenciarios de Francia e Inglaterra sufrieron más de una vez su influjo, en la época de las intervenciones de la Guerra Grande, y si él hubiese defendido personalmente, ante el emperador del Brasil, la causa de Lamas y Oribe, don Andrés Lamas habría tenido a su frente un terrible adversario. Era, por fin, hombre de recursos y de decisiones rápidas. Cuando en 1848 falleció en el Cerrito el vicario apostólico Larrañaga, y los sitiadores quedaron sin autoridad eclesiástica de jurisdicción, pues ésta residía en Montevideo, reunió un concilio de

partidos de campaña en el cuartel general de Oribe, y, como en los tiempos bíblicos, les hizo elegir pastor.

Otros han exaltado con elocuencia y, a veces, con eficacia la personalidad del Dr. Villademoros y han rectificado la tradición adversa. Don Agustín De Vedia escribió una interesante biografía del personaje en la que, luego de hacer su elogio, resumió su juicio con estas palabras que, en boca de tal autor, tienen verdadera autoridad: «Cuando hemos bosquejado a grandes rasgos la vida pública de nuestro compatriota el doctor don Carlos G. Villademoros, que debe su obscuridad póstuma a su modestia democrática, pudimos haber agotado los colores vivos de nuestra paleta para preconizar sus altos méritos como hombre público y sus virtudes como ciudadano modelo, pero bastará que señalemos una circunstancia muy significativa: Cruzó una época en que los partidos se hacían la guerra con las bayonetas, para sostener sus convicciones o para anteponer los hombres a las cosas. —cruzó una época aciaga en que los agitadores sostenían el pro o el contra con las armas de la difamación o la calumnia—, y bien, el nombre de Villademoros, aunque ligado íntimamente con los grandes sucesos, fué constantemente respetado, y al descender a la tumba, ese nombre y su memoria pertenecen a las glorias cívicas de la patria.»

Mariano de Vedia hizo también el elogio del doctor Villademoros y rectificó el romance sentimental a que nos hemos referido.

Pero, acaso, el juicio más preciso sobre este personaje histórico es el que el propio doctor Villademoros estampó en sus Memorias. «Mi reputación ha sido atacada muchas veces, dice, las más con injusticia, otras de mala fe, por aspiraciones o espíritu de partido, —y quizá más de una con razón—; pero poniendo la mano sobre mi conciencia, no trepido en afirmar que en este caso, se han dirigido esos ataques contra actos concebidos con la fe del demócrata, en la esfera de la equidad y de la justicia, por más que la división de opiniones en el país, o especiales circunstancias, los tornasen dignos de censura... Por servir a mi patria, o en el vehemente deseo de serle útil, me arrojé a la defensa de un principio, sin omitir sacrificio de ningún género, en el período de trece años, que se llevaron en pos de sí todas las ilusiones de mi vida. Extraña cosa es como se encadenan los sucesos en las largas y complicadas luchas de partido, y de manera gradual e imperceptible, el hombre que se dedica al servicio de una buena causa, se encuentra marchando por un terreno falso, sin habers podido desligar de sus compromisos con los hombres que representaban el principio, en cuyo sostén se afilió. Presta materia a serias reflexiones la manera con que se enlazan los sucesos que arrastran al hombre de conciencia, precipitándole por esa pendiente resbaladiza, hasta el impuro piélago en que su fe se anega sin que se encuentre justificación posible, cuando al término de su dorrumbé se despierta en la vida real y ve los inmensos males a que ha contribuido incauto.»

He ahí pintado por sí mismo, y con rara sinceridad, al autor de la obra dramática que debía representarse en el Coliseo de Montevideo el 18 de Julio de 1832, con ocasión del segundo aniversario de la jura de la Constitución.

En cuanto a los actores, aunque eran gente de calidad, como queda dicho, no se recuerda sus nombres. Es posible que formase parte de ese grupo de aficionados don Manuel Araucho, militar, poeta y autor dramático muy dado a las tablas y a representar sus propias obras, y, sobre todo, amigo y compañero de Villademoros en empresas periodísticas; pero esto es simple conjetura, como otras que podrían hacerse. Lo que sí se sabe con certeza es que Villademoros empleó un mes en escribir su obra, y que los ensayos se llevaban muy adelantados al mediar el año 1832. También se sabe que a tiempo que se ensayaba la obra se componía la misma en la imprenta de la Caridad, la histórica y antigua imprenta de la Carlota que, del viejo Fuerte, había sido trasladada al edificio del hospital. Pero, ni la edición pudo terminarse, ni los ensayos proseguirse, ni el estreno realizarse. Y lo curioso del caso es que la culpa de todo ello la tuvo el propio protagonista del drama de Villademoros, que era nada menos que el brigadier general don Juan Antonio Lavalleja, jefe de los Treinta y Tres orientales.

La obra dramática se titulaba «Los Treinta y Tres», comedia en tres actos, y en ella intervenían, naturalmente, el general Lavalleja y sus compañeros de la gloriosa cruzada. La obra tenía, como se ve, un fuerte color de oportunidad política. Se buscaba con ella glorificar la personalidad del general Lavalleja, oscurecida en aquellos días por la preeminencia del general Rivera, quien en 1830 había sido elegido primer presidente constitucional de la república. Lavalleja, después de un largo período de predominio personal, no se avenía a la situación de segundón político, y conspiraba contra Rivera, estimulado en su ambición por el gobernador de Buenos Aires, don Juan Manuel de Rosas. Bajo tales auspicios se llevaban adelante los ensayos de la obra con que un grupo de amigos de Lavalleja se proponía solemnizar el 18 de Julio de 1832 y, al mismo tiempo, restaurar la gloria un poco olvidada del prócer.

El día 3 de ese mismo mes ocurrió en Montevideo un hecho inusitado: los jefes de la guarnición, encabezados por el coronel Garzón, pusieron sus cuerpos sobre las armas y dirigieron a la Asamblea Nacional un extraño comunicado en el que le intimaban que declarase caducada la autoridad del Presidente de la República general Rivera, ausente a la sazón de la capital, y que fuese reconocido el general Lavalleja como depositario de la autoridad pública. La Asamblea, atemorizada, se inclinó ante la fuerza de las armas, y los poderes constituidos fueron así ultrajados y derrocados, aunque transitoriamente, pues pocos días después el vicepresidente de la repú-

blica, don Luis Eduardo Pérez, se encerró con algunas tropas leales y unas docenas de ciudadanos y guardias nacionales de la Ciudadela, levantó la bandera de la Constitución y resistió a tiros a los amotinados y al mismo general Lavalleja que osó presentarse en la ciudad.

El pronunciamiento de Garzón y sus compañeros tuvo conexión con otro extraño acontecimiento de que fué teatro la población de Durazno en momentos en que ésta era residencia accidental del presidente de la república, general Rivera. Mientras reposaba el general, fué asaltada su morada y su propia habitación por una banda de facciosos capitaneada por el caudillejo Santana. Rivera tuvo apenas el tiempo necesario para detener con sus pistolas a los sublevados, saltar la ventana de su habitación y arrojarse al río Yí, cuya corriente salvó a nado, llegando ileso a la ribera opuesta, donde halló fuerzas que se mantenían fieles. La actitud del vicepresidente de la república, don Luis Eduardo Pérez, y la rápida acción del general Rivera, que en breves días formó un ejército y derrotó a Lavalleja, obligándolo a internarse en el Brasil, pusieron punto final al motín y a la guerra civil.

Pero, a todo esto, el 18 de Julio pasó en medio de angustiosas zozobras, y no fué posible solemnizar el aniversario de la jura de la Constitución, ni mucho menos estrenar la obra de Villademoros, cuyo protagonista y sus amigos en aquellos momentos eran objeto de las naturales represalias del gobierno constitucional. Los actores se llamaron a sosiego, el estreno del drama quedó para mejores tiempos, que nunca llegaron, y el autor ordenó que se quemasen los pliegos de la edición que había comenzado a imprimir la imprenta de la Caridad.

La comedia de Villademoros se habría perdido, seguramente, si los originales, con otras producciones poéticas del mismo autor, no hubiesen ido a dar a manos de Luciano Lira, hombre de color, según Zinny, joven oficial argentino emigrado en Montevideo, que acompañó a Lavalle en su última campaña y perdió en ella la vida. Lira, que era un poco poeta también, consagró los ocios del destierro a coleccionar composiciones poéticas de autores orientales o extranjeros que hubiesen escrito sobre asuntos del país, y con ellas formó tres volúmenes que fueron impresos en la imprenta de la Caridad con el título «El parnaso oriental o Guirnalda poética de la República O. del Uruguay». Esta obra, que hoy es extremadamente rara, ha sido reimpressa por el Instituto Histórico y Geográfico de Montevideo en edición semifacsimilar.

La comedia de Villademoros ofrece muy escaso interés literario, a no ser el sabor de humanismo que posee, y que se explica por la formación clásica del autor y sus dotes naturales. Está escrita en pulcros versos endecasílabos asonantados, y se ciñe estrictamente a las tres unidades del teatro antiguo. Los personajes, que son reales,

y, además, contemporáneos del autor, hablan el lenguaje retórico que éste aprendió en sus modelos. Los protagonistas de la tragedia griega no discurren con mayor dignidad que como lo hacen Lavalleya, Oribe, Zufriategui, Trápani, Gómez y Laguna. Y para que se juzgue de ello, véanse estos cuatro versos de un soliloquio digno de Clitemnestra:

¡Hijos de mi dolor! ¡Tiernos renuevos
De un padre desgraciado! ¡Cuán acerba,
Cuán triste suerte, idolatrados niños,
En nuestra propia habitación os cerca!

La comedia tiene, en cambio, mucho interés histórico. Esta obra es la versión dramática, muy detallada, del desembarco de los Treinta y Tres orientales, escrita por un contemporáneo y amigo de los protagonistas del episodio, pocos años después de producido éste. La acción se desarrolla precisamente en «la costa de la Banda Oriental del Río de la Plata», en el mismo paraje en que desembarcaron los Treinta y Tres el 19 de abril de 1825. Debe suponerse que el testimonio poético de Villademoros se apoya en las informaciones que le suministraron personalmente los actores del episodio histórico. Considerada esta comedia como elemento comprobatorio, es interesante advertir que ella coincide con las versiones que se han popularizado. La escena culminante de la obra la constituye el juramento de los Treinta y Tres, que los expedicionarios prestaron de rodillas, como lo dice la tradición, y otra escena representa el arribo de Lavalleya, quien salta a tierra, empuñando la bandera tricolor con la mano izquierda, tal como lo pintó don Juan Manuel Blanes en su famoso cuadro. Confirma Villademoros en su drama la versión de que Lavalleya, una vez producido el desembarco, ordenó que las balleneras que condujeron a la expedición regresaran en el acto a la orilla opuesta, acción realmente heroica que ha sido comparada con la quema de las naves de Cortés. Se justifica también en la obra la ausencia, en el momento del desembarco, del capitán Basilio Araújo, quien formó parte de la expedición, pero se incorporó a la misma ya en tierra oriental por haber sido enviado antes en comisión por Lavalleya. Se confirma, igualmente, que los Treinta y Tres se encontraron en la Agraciada sin caballos, y que quienes buscaron y obtuvieron los elementos de movilidad que eran indispensables en aquellos momentos, fueron Manuel Lavalleya, el baqueano Cheveste, Ortiz y Gómez.

En lo que se refiere a nuevos elementos de información, refieren los personajes del drama que don Manuel Oribe realizó en la costa oriental un acto de arrojo, poco antes de desembarcar los expedicionarios. El viento, que soplaba con violencia en la costa, arrancó a una de las lanchas de la playa y la empujó aguas adentro con peligro de que se perdiese. Oribe se arrojó al río, se asió a la quilla de

la barca, y, haciendo esfuerzos sobrehumanos, la condujo de nuevo a la orilla.

El mismo Oribe narra, en solemnes versos, que la última noche que los expedicionarios pasaron frente a la ribera oriental, Lavalleja convocó a todos, y, levantando la espada, les advirtió que no debían contar con más fuerzas que las que entonces tenía; que él a nadie había comunicado su plan; que el que no deseara acompañarlo podía desistir todavía; pero que el que lo hiciera después, perecería a su mano. Lavalleja se encarga en otra escena de explicar el significado de su actitud. Ya en tierra oriental, anuncia el concurso que les va a ser prestado por los argentinos, y dice que sus palabras de la víspera tuvieron por objeto probar el temple de sus compañeros. Agrega que pronto tendrá mil guerreros bajo sus órdenes; que todos los orientales aspiraban a la libertad. Esta solemne manifestación, que Villademoros pone en boca de Lavalleja, está conteste con la versión de que Rivera estaba en el secreto de la invasión y que se disponía a apoyarla, como lo hizo después del encuentro del Monzón.

No previó, sin duda, Villademoros, cuando en 1832 escribía afanosamente su drama, que un siglo después alguien había de exhumarlo, no para elogiar sus bellezas, sino para buscar en él elementos de comprobación histórica. De todos modos, esta es una forma de notoriedad literaria, y el comentario actual en algo puede compensar el fracaso del estreno de 1832.

Montevideo, 1927.